

Miguel Huevo Mixco

Camino de hormigas



Un mozo de establos rememora sus días peleando al lado de las guerrillas, cuando miraba aquella lucha como el único camino que se le abría para encontrar su puesto en el mundo. «Camino de hormigas» es un libro sobre los azares del amor y los desencuentros. No exalta combates o hazañas, más bien relata las alegres incertidumbres del protagonista.

Utilizando los arcanos de la lotería, el relato se construye a través de episodios hilados por la voz del narrador y, en especial, por la presencia de una enfermera española que ha llegado a Centroamérica para apoyar la causa revolucionaria. Una historia de amor y desencuentros, donde no hay lugar para el heroísmo.

# **CAMINO DE HORMIGAS**

Miguel Huevo Mixco

*A María,  
deslumbrado*

*A Chamba,  
con la saña de siempre*

*«Ah, si uno pudiera ser un piel roja, siempre alerta, cabalgando sobre un caballo veloz, a través del viento, constantemente sacudido sobre la tierra estremecida...».*

FRANZ KAFKA  
*Contemplación*

*«La esperanza, contra la vulgar creencia, lejos de sostener la vida, la destruye».*

MANUEL AZAÑA

## **San Francisco, 1 de abril de 2013**

Querido H.P.:

Aunque la primavera ha comenzado, una nueva oleada de tormentas invernales amenaza con arrollar el centro y el este del país. En la televisión se miran las máquinas barredoras alineadas a la orilla de las carreteras como esperando que las tormentas arrecien para cobrar vida, mientras los aeropuertos de incontables ciudades, incluyendo Pittsburgh, donde vivís, están paralizados hasta nuevo aviso. Todo ello impedirá que este paquete llegue a tu puerta para la fecha de tu cumpleaños, como lo había planeado.

Puedo imaginarme que esta carta y el paquete de papeles te provocarán cuando menos una sorpresa pues hace tiempo que no sabés nada de mí. Lo poco de tu vida que conozco es que al fin sos el músico que siempre quisiste ser, que enseñás tu arte a numerosos jóvenes, y que gozás de un creciente prestigio en el mundo de la música. En cuanto a mí, comienzo por contarte que vivo en San Francisco. Trabajo en los establos Miwok, situados en medio de los Headlands, una cadena de colinas y elevaciones que emergen desde la bahía como los nudillos de una mano gigantesca, donde tuvieron asiento numerosas fortificaciones militares antiaéreas. Durante la Guerra Fría, no muy lejos de las caballerizas, se emplazaron toda clase de piezas de artillería, incluyendo los mortíferos misiles Nike. Ahora la zona es una pacífica reserva natural que ofrece numerosos atractivos al turismo, incluyendo los paseos a

caballo. Cuando los animales regresan de galopar les doy un baño, forraje y agua para que beban, y limpio a manguerazos y escoba la mierda de las cuadras. Los californianos suben en automóvil a los establos por una estrecha y sinuosa calle con la intención de recorrer las colinas al trote de caballo. Puedo entenderlos. Cabalgar produce una emoción liberadora. Se dice de estas bestias que tienen un carácter caprichoso, pero creeme que he conseguido descubrir en ellas una fibra de curiosidad e inteligencia superior a la de muchos humanos. Si son medrosos es porque pertenecen al orden de los herbívoros y desde alguna parte de su cerebro reciben una señal que les recuerda cuál es su lugar en la cadena alimenticia. Los propietarios del lugar los someten sin violencia y te juro que es más fácil que me muelan a palos a mí si se enteran de que los he maltratado. Pero no es para hablar de eso que te escribo.

Tenés en tus manos el relato de mi pelea contra el tedio, la vejez y la muerte. Estuvo en mi mente mucho antes de decidirme a dejar el país y la vida errante que me llevaba de unos a otros brazos, mudándome de casa una y otra vez, huyendo de algo que nunca supe qué era. Le tenía temor a la vida, pero era demasiado cobarde para acabar con ella por mi cuenta. Así, a principios de la pavorosa década de los ochenta, los Años de Plomo, espoleado por el dolor de la pérdida de Martha y por la indignación que me causaba la matanza que tenía lugar en nuestro derredor, incluyendo el asesinato de un hombre bueno como el cura Óscar Romero, decidí ir en busca de la bala que traía escrito mi nombre. Al hacerlo no me enteraba de que esa misma fe justiciera cultivaría en cada uno de nosotros un rencor criminal, como luego lo probaron nuestras patéticas luchas intestinas o la carnicería contra inocentes en Cerros de San Pedro, matanzas todas perpetradas en nombre de un mundo mejor. Tuve que venirme lejos para hurgar en la fosa encharcada en donde mis recuerdos se

agitaban como criaturas a la espera de cualquier cosa que las hiciera chillar. Desde los duros primeros años de mi llegada a este país donde nadie sabía nada sobre mí, borro-neaba notas en cuadernos de escolar que después tiraba a la basura sin remordimiento. Aspiraba a hacer una obra que diera testimonio de nuestras hazañas, de nuestra valentía y coraje, pero todos mis intentos me sabían mal. Entonces, me atacaban rachas de frustración y pasaba horas mirando fijamente la pantalla de mi vieja computadora, sin teclear, esperando que de allí emergiera alguna revelación, atormentado por la certeza de que mis resortes estaban adormecidos. Tenía la sensación de que mi existencia se resecaba a medida que esperaba el cambio de luces en las esquinas; algo se perdía mientras me dominaba para no mirarles el trasero a las chavas, o aprendía a clasificar la basura (amarillo para plásticos y latas, verde para vidrios, azul para papel y cartón, naranja para desechos orgánicos), y a llenar formularios y pagar las deudas, con tal de sentirme en paz. La utopía, amigo, no muere sola.

No me quejo. San Francisco es una hermosa ciudad donde hay mucha gente adinerada. La primera vez que deambulé por sitios como Pacific Heights y Steiner Street me sentía como Keawe, deslumbrado por aquellos palacetes y jardines capaces de despertar codicia hasta en las almas más nobles. Pero en mi caso, no vine aquí a recoger la promesa de un tesoro escondido. Nadie llamó desde una ventana para ofrecerme una botella mágica con un diablo dispuesto a hacer realidad mis deseos. Sin papeles, sin amigos, sin credenciales académicas, vivía de iguanas, lavando platos, limpiando vidrios, roturando carreteras, paseando a viejecitas olvidadas por sus hijos, cortando naranjas, bañando perros y hablando como un pocho. Una vez me llevaron a reparar la barda de una residencia en Sausalito, y el mexicano que tenía a cargo el *outsourcing* me ofreció chamba en los establos. Todo ese tiempo viví en ruinosos barrios de hispanos, negros y amerindios.



Con el trabajo fijo las cosas comenzaron a mejorar y me mudé a la Mission. Un día, mientras caminaba entre la gente en dirección al festival anual en honor a César Chávez, en la esquina de la 25 West miré a un tipo cargando los artefactos de una lotería de cartón. Un grupo de vecinos rodeaba al hombre, chiquitito como una estatuilla recién sacada de la tierra, acompañado de su mujer, bajita y aindiada como él, y su pequeño hijo, a quien vestían como un charro. Me pareció un hecho extraño pues juegos de ese tipo no se ven por estos lugares, pero probablemente venían desde Los Ángeles a las celebraciones. Después de que los transeúntes les indicaron en qué dirección debían caminar para unirse al festejo, cargaron con sus bártulos y se echaron a andar. La escena me removió, y no porque mi disipada emoción nacionalista hubiera renacido, sino porque me evocó como una descarga la voz del pregonero de la lotería Imperial, sobre la calle Cuba, en San Salvador, anunciando al inicio de cada ronda: «la suerte es como la muerte y llega cuando menos se lo espera».

Las cosas ocurren así. Uno percibe mensajes, y este fue como el golpe de espuela que me empujó a intentar la postergada escritura de mis memorias. No tenía nada que perder. Compré un bloc y empecé a escribir nombres de poblados, árboles, frutos, ríos, montes, canciones, dichos, fechas, hombres, mujeres. Se destaparon los recuerdos. Comencé a revivir y a morir, porque ya lo dice el bolero, recordar es morir. Pasé en ese oficio dos pacientes años hasta que llené un cubo de latón que hacía las veces de una tómbola. Subí a mi cuarto con una cajilla de cervezas y me senté frente al cacharro. Momento solemne. Revolví los papeles. Saqué al azar el primero, lo desdoblé y leí su contenido. No vas a creerme. El nombre que estaba escrito era el de Martha, mi primera mujer, tempranamente asesinada, vos la recordás, y en el acto se acabaron mis ganas de escribir. Con las cervezas me sobrevino la triste-

za y luego el miedo. Así que para qué... Encaramé el cubo en la alacena, me fui directamente a un centro de masajes a buscar a la dominicana Belicia Cabrales, quien coronó la faena como un «final feliz», y me olvidé del asunto.

Te mentiría si dijera que todo ha sido triste. No es verdad. He tenido periodos divertidos. Hace un par de años se asomó por mi piso una cubana que conocí en la lavandería, Emperatriz Fragosa. Su marido trabajaba como vigilante en una fábrica. Su responsabilidad consistía en oprimir un botón rojo en caso de emergencia. Cuando le tocaba nocturnidad, Emperatriz se aburría. Me ahorro el cuento: comenzó a visitarme. Entraba a mi pieza, se quitaba los zapatos, abría una lata, encendía el tocadiscos y cantaba «Tú me acostumbraste», imitando a Olga Guillot. Nos mimábamos. Ella me embarraba con Nivea los codos y me recortaba los pelillos de las orejas; yo exfoliaba su espalda con un rodillo de goma y afeitaba aquella mata de pelo que le crecía de la entrepierna hacia atrás. Mirábamos la tele (todas esas series de NatGeo le encantaban) y luego nos echábamos a la cama. Hablábamos de todo, pero nunca decía nada del marido. Cada cosa en su lugar, apuntaba, sin mirarme. Emperatriz iba a un grupo de ayuda e insistía en que yo necesitaba darle júbilo a mi corazón. Ni decirte tengo que no tomaba en serio sus consejos, ni le preguntaba nada, acostumbrado como estoy a los gajes del secreto. La lengua, sin embargo, es un reptil. En un arranque de confianza, birrias de por medio, le conté algunas cosas de mi vida en El Salvador. A partir de esa vez no paró de decirme «comandante», no más por joder. Era divertida, pero pasados unos meses dejó de llegar. El jíbaroapestoso de su marido se jubiló. Fue lo mejor. Muerto el perro, se acabó la rabia. Además, ya me estaba desacostumbrando a la soledad y eso nunca es bueno.

Sin la prieta volví a la ceremonia de sentarme frente a la pantalla del computador a perder el tiempo, un correo aquí, otro allá, noticias del país, los políticos comemierda,

los editorialistas a sueldo de los ricos, y descargaba videos de mujeres encueradas, ya sabés, comiendo pinga, pero paré, porque los sitios porno, aparte de que envían, son como un putero donde bulle todo tipo de troyanos, gusanos, zombis, y esa es una batalla que no estoy preparado para dar. Si necesito un desahogo saco mis viejas fotos de Jane Fonda en el papel de Barbarella. Nada consigue excitarme tanto como ella.

Poco antes del invierno del 2011 apareció en una de las paredes una larga hilera de hormigas. Al principio no les presté importancia, pero como por las noches no tenía mucho qué hacer me dediqué a seguir sus marchas forzadas, sinuosas y aparentemente extraviadas, como asediadas por el hambre o por un rutinario y paciente sentido del deber. Me acerqué a mirarlas. Debajo de la lupa se miraban como caballeros guarnecidos para el combate. Cercaban los granos de azúcar derramada al lado de la cocinita donde preparo de prisa mi obligado café matutino antes de subir hasta las caballerizas, y se los echaban a cuestras. Recogían migajas de galletas del piso de la sala. De la alfombrilla de mi habitación: astillas de uñas y caspa. Caminaban por el lavabo como cruzando un resbaladizo abismo de loza, mordisqueando restos de dentífrico, llevando en alto como cadáveres de mártires insepultos mis pelillos recortados de la nariz. En los días de frío ellas seguían en la faena. Solo parecían destantearse cuando llegaba el otoño y el sol pegaba a un costado de la habitación. Caminaban frenéticas, subiendo y bajando, formando largas columnas cuyas vanguardias se encontraban por unos pocos segundos, como intercambiando información, y torcían el rumbo. Eran unas antipáticas entusiastas del orden. A mi modo de ver, la fábula de la hormiga laboriosa y la cigarra artista le hace un enorme servicio a esa ética pernicioso que erige la disciplina como máximo valor.

Cuando me creía inmune a los sobresaltos literarios, unos muchachos tocaron a mi puerta. Pensé que eran de

nuevo esos jovencitos que vienen y juran que no se meterán en una pandilla si les comprás una suscripción a la revista de la parroquia, pero no. Eran un chico y una chica de un club llamado «Alma hispana». Vendían bolsos estampados con dibujos de sanguinarios dioses aztecas, magnéticos con imágenes de Frida, muñequitos de indígenas con pasamontañas y loterías de cartones. Tomé uno de los juegos. Las ilustraciones mostraban un músico cargando el estuche de una guitarra, un soldado con el fusil en descanso, una garza inclinando su cuello sobre un estanque, una escalera empinada... Lo compré. Empecé jugando simultáneamente con cinco cartulinas. Extraía al azar, una a una, las figuras. Al final, en algunos de los cartones quedaba sin marcarse, por caso El catrín, en otro La sandía, en uno más La rana. Volví a jugar. Después de muchos intentos conseguí por fin completar un cartón. Era mi sino. Decidí que cada una de esas figuras sería una musa, un soplo, un numen que me inspiraría una historia. Cuando llegaba del trabajo me lanzaba sobre la computadora, dale que dale, tecleando, enmendando, olvidando el olor a orín y avena de los establos. Ni siquiera me enteré del momento en que las hormigas desaparecieron. La escritura me hizo distinguir que entre los sobrevivientes de una guerra hay dos grupos de seres: los que se salvaron de morir y los que volvieron a la vida. Creo que por ahora he conseguido colarme en el segundo grupo.

Me apresuro a advertirte que no des por cierto nada de lo que aquí se dice. Los personajes que aparecen y desaparecen, algunos sin nombres, otros sin facciones, ni olores, sin profundidad, evocan a algunos que conocí durante los años que permanecí en la guerrilla, o que encontré en los años inmediatamente posteriores a la finalización del conflicto, cuando buscaba desesperadamente un asidero que no iba a encontrar en un país que ya parecía condenado a ser gobernado por malhechores. El narrador de toda esta historia, un joven idealista pero inca-

paz de mostrar lealtad en sus afectos, practicante de una moral que podría considerarse excesivamente abierta, no existió. Todo eso es falso. Siempre pensé que la literatura es un oficio de mentirosos. Si querés contar verdades, buscate otro trabajo.

Como dije, este relato debió comenzar con la historia de Martha. Alguna vez intenté escribirla. La escena comenzaba en un cálido atardecer de invierno. Las nubes lanzan un velo húmedo y gris sobre la silueta del volcán. Comienza a oscurecer. Martha y yo nos despedimos a la sombra de unos frondosos ficus en las proximidades de la Universidad. Nos abrazamos y nos damos un breve beso. En ese momento no era posible saber que nunca más repetiríamos ese rito. Unas semanas después de aquel encuentro ella desapareció de manera repentina. La encontraron con un tiro en la sien, arrojada en el arriate de una carretera rural, atada de manos y pies, con la boca amorzada. No portaba papeles. Nadie llegó a reconocer su cadáver, ni siquiera sus viejos, a pesar de que fueron avisados por una llamada anónima, y fue mejor pues probablemente los habrían descuartizado. El forense ordenó que la enterraran como desconocida en una fosa común. Mi vida de revolucionario de tiempo completo estaba comenzando en ese momento. Me encontraba en San José, Costa Rica, cumpliendo una misión, así que conocí los hechos unos días más tarde. El golpe no me hizo llorar. Sentí como si un tiro se hubiera quedado encasquillado dentro de mi cuello y no podía hacerlo saltar. Los compañeros de mi colectivo me abrazaron y me dieron palabras de ánimo. Pero yo no conseguía llorar. Encima, estaba prohibido beber. Salí a las calles de Moravia a caminar sin rumbo. Una terca vocecita dentro de mí gritaba que aquello no era verdad. Los especialistas le llaman negación. Todo lo que sabía sobre su muerte me lo habían contado. Jamás miré su cuerpo. Concebí la idea de que Martha no había muerto y que se encontraba realizando labores supersecretas

de las que nadie debía enterarse. Recordé con claridad que ella una vez me habló con voz estremecida de un viaje que hizo a una zona campesina del norte para recibir adiestramiento militar. Nunca la miré tan emocionada. Era como si viniera de un mundo nuevo poblado de seres con valores radicalmente diferentes a los nuestros y por los cuales valía la pena vivir y morir. Recordarlo fue una epifanía. Creí comprenderlo todo. ¡Martha me había dejado un mensaje secreto indicándome su derrotero! Unos meses más tarde, en enero de 1981, unas mal armadas columnas guerrilleras atacaron las mayores guarniciones militares del interior del país. Aquello fue un desastre, pero la guerra había estallado. Fui llamado a filas. Me enviaban a Chalatenango. Experimenté un indescriptible miedo. Temía morir en una zanja aplastado por un mortero o cosido a tiros en una emboscada. Pero la idea de que ella estaba allá se convirtió en un rayo de esperanza. Llegué a pensar que Martha manejaba en secreto los hilos de mi vida. Que cada uno de mis pasos era un reflejo de sus propias decisiones que tenían como fin nuestro reencuentro. Me decía que en tanto me faltaran méritos (humildad, compañerismo, espíritu de sacrificio) para comprender y vivir de acuerdo con su visión, el cruce de nuestros caminos se retardaría pero al final mi esfuerzo sería recompensado, pues un buen día nos encontraríamos en un recodo y nos fundiríamos en un abrazo, mientras le susurraba lo sabía, lo sabía, besándole la cara, aspirando nuevamente el aroma de su cuello, y aquello era el principio de una nueva vida juntos, arriesgándolo todo para empujar la marcha imparable hacia una sociedad mejor. Tonterías. Martha no apareció por ningún lado. Únicamente en sueños me llamaba con una voz de desamparo, como la pasajera que grita desde un barco en altamar a alguien que no puede escucharla. Volví a El Salvador muerto de miedo, aprendiendo a llevar una existencia que jamás habría pensado para mí. Vos no sabés lo que cuesta cavar una trinchera, o

una tumba. Luego me enteré de manera fortuita que Martha había estado viviendo con otro hombre. Un compa. Pavel, le llamaban. El pobre desertó cuando la cosa se volvió un infierno. Su familia le ayudó a salir del atolladero antes de que los escuadrones de la muerte lo reventaran. Terminó sus estudios en Europa. Lo conocí años más tarde, cuando acabó la guerra. Se había casado, como cabía esperar, con otra desertora. A su manera habían tenido una vida dura, con culpa, pero dijeron que sin renunciar a los ideales. No fue la única vez que escuché ese rollo. El asunto de Martha con Pavel lo conocí por casualidad, en Managua, donde paré por unos días en la casa de un exseminarista jesuita transformado en jefe revolucionario. Yo andaba necesitado de compasión, quizás, y comencé a echarle el cuento: mi viudez, mis pérdidas, ya sabés; el tipo me interrumpió abriendo los ojos como un sapo, diciéndome que conoció a esa Martha, que había sido su instructor en Filosofía II, que era la pareja de Pavel cuando la mataron, me dijo. Te equivocás, Martha era mi mujer, quizás la has confundido con otra, le respondí. No, no estoy equivocado, insistió, con mucha seguridad. Sabía su nombre legal y sus seudónimos. La sangre me hirvió. Si hubiera tenido un arma le habría disparado. Me levanté de la silla, tambaleante, y salté sobre él buscándole la garganta para estrangularlo, gritándole maldito, maldito perro, mil veces maldito. Tropecé en la mesilla e hice rodar por el suelo los vasos con ron y las colillas de los cigarros que habíamos fumado sin parar mientras hablábamos de la guerra y la guerra y dale con la puta guerra. Andaba mal. Necesitaba sanar o me volvería loco. Le conté estos padecimientos a Tencha, mi responsable, una mujer que había sido compañera de estudios de Martha en la UCA, suplicándole que me autorizara ir donde un terapeuta en Cuba, donde, se decía, la ciencia médica estaba avanzada. La joven arqueó las cejas. Me habló en un tono indulgente sobre las pruebas que el revolucionario debe pasar para